

La casa entre
el **SORGO**

Joan Roure



Naim Cadafals, escritor de éxito, conoce en una exposición a Anne Deneboudé, comisaria de la misma. Enseguida se siente atraído por ella y también fascinado por un misterioso cuadro expuesto en la galería. El deseo de dar un giro a su vida, su amor por Anne, y el conocimiento de un peligro que la acecha, lo llevará a través del tiempo y conocerá el París bohemio de los años finales de la Belle Époque y a un pintor cuyo lienzo ha desaparecido antes de una importante exposición. Pero no será fácil, Naim deberá encontrar a Anne y descubrir al ladrón del cuadro antes del tiempo establecido o la obra desaparecerá para siempre, y con ella la esperanza del pintor de alcanzar un éxito que, sorprendentemente, ya estaba destinado a sus pinturas. Traiciones, secuestros e intrigas guiarán los pasos de los protagonistas en su viaje por el tiempo en una aventura que les marcará de por vida a cada uno de ellos. El retrato de un tiempo y de un lugar apasionantes, la integración del arte dentro de la literatura y una trama adictiva teñida de pinceladas de realismo mágico, forman una emocionante mezcla que atrapa al lector desde el inicio.

*«Hijo mío, hay una batalla entre dos lobos,
dentro de cada uno de nosotros.
Uno es malvado, el otro es bueno.
Dime, abuelo, ¿qué lobo ganará?
Aquel al que tú alimentes».*

Antigua leyenda Cherokee.

Capítulo 1

El encuentro en Barcelona

Me incorporé de la cama con lentitud y prudencia evitando hacer cualquier ruido que pudiera despertarla. Abrí un poco las cortinas por el costado de la ventana, era temprano y la oscuridad todavía se apoderaba de las calles. Unas espesas y persistentes nubes parecían haber tomado el firmamento, dificultando la entrada de la primera luz del alba. Joana aún dormía. El día anterior había estado repasando y perfilando, hasta altas horas de la noche, un proyecto que debía presentar sin falta por la mañana. Pese a que fui bastante sigiloso, a juzgar por su semblante, parecía que nada ni nadie, a no ser su propio subconsciente, sería capaz de quebrantar el profundo sueño en el cual se hallaba.

Esa mañana había despertado con júbilo, iba a tomarme un día libre dentro de mi rutina habitual, que consistía, por norma general, en la lectura de algunos libros de diversas editoriales para realizar su posterior crítica y enviarla a las publicaciones en las que colaboraba. También escribía, había pasado casi un año más o menos desde la salida de mi última novela (con esta tenía ya tres en el mercado) y todavía disponía de un poco de tiempo antes de empezar a meterme de lleno a trabajar en la siguiente. Además, en la editorial andaban la mar de contentos con el ritmo de ventas que llevaba, mucho mejor que las dos anteriores. La verdad es que necesitaba respirar un poco, darle una pequeña tregua a mi mente, a mis preocupaciones personales, de tal

manera que utilicé una de mis armas favoritas para lograr mi objetivo, disfrutar de una jornada de arte. Mi pasión por la pintura y el estado de abstracción que me genera contemplar las obras de los artistas que más me emocionan siempre es una receta de garantías para conseguirlo, así que en cuanto tuve conocimiento de la exposición, no lo pensé dos veces. Me puse mi camisa favorita, unos *jeans* y una cazadora de piel marrón, la cual me aportaba un aire elegante pero informal, y me encaminé hasta mi coche dispuesto a disfrutar sin prisas ni agobios de la jornada que con tanta emoción había planeado. Conduciendo de camino a Barcelona, sintonicé las noticias del día. Más casos de corrupción política, un gobierno que seguía sin formarse debido a la baja calidad de una clase política de las peores o quizás la peor de los últimos años, incapaz de llegar a acuerdos y que ya nos había mandado dos veces a las urnas en menos de un año, con una tercera amenazando en el horizonte. Cansado de tanta incompetencia, y aburrido de escuchar siempre las mismas crónicas, cambié al siguiente dial, donde sonaba *Nobody's Empire*, de los adorables Belle & Sebastian, sin duda, una mejor opción para relajarme y desconectar de tan deprimente realidad.

El reloj marcaba las 10:00, hora prevista para la apertura de la sala de exposiciones. Definitivamente iba a ser un típico día gris de otoño. En Montjuïc los negros y cargados nubarrones amenazaban una inminente lluvia, y allí estaba yo, buscando sumergirme en el arte de los impresionistas del Siglo XIX y principios del XX, dispuesto a dejarme seducir por sus paisajes, sus retratos y por su luz. Las más de setenta obras que había cedido en su mayor parte el Musée d'Orsay, acompañadas de otras llegadas desde diversas partes del mundo, componían una exposición de impresionismo de las más importantes que se habían visto en el país en los últimos años. Llegué con un margen de tiempo suficiente para entretenerme un poco mientras esperaba la hora de apertura, contemplando y tomando algunas fotos del

histórico edificio que albergaba la exposición. Tocadas las diez, entré y me acerqué hasta el punto de información para recoger el *ticket*. Según pude saber entonces, todos los lunes la entrada a cualquiera de las exposiciones era gratuita, algo es algo —me dije con escepticismo—, siendo consciente de los desmesurados e inaceptables precios aplicados a la cultura hoy en día.

No había casi nadie —mejor, pensé— prefiero la tranquilidad en estos casos. Estaba ilusionado por lo que iba a ver, abierto a las fantasías y las emociones que la pintura me quisiera transmitir. Tomé el folleto informativo, y me dirigí sin más dilación a la sala principal. En aquel momento reparé en que no había alquilado la audioguía, algo que hacía casi siempre, pensé en regresar a buscarla, pero al final me deshice de la idea, no sé muy bien por qué, quizá fuera por mi conocimiento de casi todas las pinturas expuestas, fruto de mi pasión y admiración por ellas, así que me olvidé de ello y seguí adelante. Fui observando de manera pausada cada lienzo, disfrutando de los detalles, emocionado de ver algunas piezas que solo había visto con anterioridad en los libros de arte que tanto me gusta coleccionar, también sorprendido por otros de los que no tenía tanta constancia, como ese cuadro de Fayolle, por ejemplo, que sin esperarlo me produjo unas sensaciones tan extrañas como agradables. Mientras me dejaba llevar por las emociones que me transmitía el pintor francés, observé a una mujer cerca, absorta mirando las obras y tomando notas en un cuaderno. No fui capaz de ajustar muy bien su edad, quizás en la mitad de los treinta, unos cinco o seis más que yo. En todo caso, estaba en un punto de madurez que le sentaba estupendamente bien. Llevaba puesto un bonito y ceñido vestido negro que marcaba su silueta a la perfección, de piel blanquinosa, labios pintados en un rojo intenso, esbelta, sensual, con el pelo recogido con elegancia y zapatos de tacón. Era bonita, no diría que tuviera un

canon de belleza perfecto ni mucho menos, pero desprendía algo especial que la hacía sumamente atractiva.

Yo iba siguiendo mi camino hasta que llegué a su altura, momento en el que nuestras miradas se cruzaron. Desvié la vista con cierta timidez, ella esbozó una agradable y cálida sonrisa que me pilló por sorpresa y se dirigió a mí.

—Intuyo que le ha gustado el Fayolle, ¿verdad?

—Sin duda, no había visto antes esta obra y, de hecho, apenas conozco ni sé mucho sobre el pintor —apunté mientras intentaba recomponerme lo más rápido posible de mi repentino brote de apocamiento.

—Buen gusto el suyo, y le animo a seguir descubriéndole. Además, un buen momento para saborear la exposición con tranquilidad.

—Prefiero la soledad mientras miro las obras. No me siento muy cómodo con gente deambulando a mi alrededor, me distraen y estorban mi estado de concentración.

—¡Vaya, así que le distrae la gente! —Ella esbozó una gran sonrisa a mi comentario—. Me llamo Anne, encantada.

—Soy Naim, un placer, y por favor no me hables de usted, me siento mayor —respondí afectuosamente—. ¿Por tu acento deduzco que eres francesa?

—Difícil ocultarlo, ¿verdad?

—Bueno, en realidad tienes algo de acento, pero hablas mi idioma casi a la perfección.

—Verás, la verdad es que siempre me ha gustado, así que aproveché lo que había aprendido en el colegio para, con posterioridad y por mi cuenta, irlo perfeccionando, y ahora en parte gracias a eso también me ayuda con mi trabajo. Por cierto, soy la responsable de esta exposición.

—¡Me alegro! Y aprovecho pues para decirte que has hecho un gran trabajo, tanto con el idioma como con la exposición —le dije con una sonrisa soslayada.

—Te lo agradezco de veras. ¿Sabes? Estaba pensando en ofrecerte por si necesitas una guía —y al tiempo que

me guiñaba el ojo—, pero tampoco querría inmiscuirme en tu estado de concentración.

—¡No, para nada! Sería un privilegio y una enorme suerte abusar de ello —siguiendo la estela de esas agradables sensaciones iniciales.

Me resultó imposible negarme solo por la calidez con la que me habló y por esa sonrisa que en esos momentos ya había penetrado en mí, de una manera tan extraña como plácida.

Anne confirmó mis expectativas, me mostró toda la colección explicándome cada obra que me atraía, detallándome todo sobre cada una de ellas mientras yo cada vez me sentía más embriagado y atrapado por la pasión de sus palabras, su sensualidad, el encarnado brillante de sus labios, el reflejo que irradiaba de sus ojos y aquella sonrisa tan natural. Creo que estuvimos mucho tiempo conversando y observándonos, aunque no fuera consciente de ello por lo cómodo que me sentí, intercambiando miradas llenas de luz y complicidad. Al salir nos despedimos, no sin que antes ella me invitase a seguir hablando de nuestras preferencias artísticas, así que decidimos encontrarnos para tomar algo al terminar su jornada. Le dije que mi intención era pasar la noche en la ciudad y que no tenía planes de ningún tipo. No lo dudé ni un momento. Había sentido una afinidad que me incitaba a seguir charlando con ella y conocerla más.

Las horas posteriores a nuestro primer encuentro las pasé deambulando por las calles de la ciudad sin rumbo fijo, absorto en mis pensamientos, en los que siempre aparecía ella. Me sorprendí siendo incapaz de pensar en otra cosa, sus palabras y su sonrisa se habían apoderado de mí por completo, como la primera luz de la mañana apartando la oscuridad de la noche sin contemplaciones, sensaciones que ya no recordaba que de pronto y sin pretenderlo me invadían. El tiempo pasó lento, deseaba que llegara el momento para verla de nuevo. Habíamos quedado a las ocho

en una cafetería del barrio gótico y media hora antes yo ya estaba sentado en la terraza fumando con innegable nerviosismo mientras aguardaba su llegada. La vi aparecer a la hora prevista, con una sonrisa en la cara y una imagen totalmente diferente, peripuesta con unos *jeans*, una blusa blanca, cazadora de piel negra y el pelo suelto. Le daba otro aire distinto, más natural y menos encorsetado en una apariencia.

Conversamos un poco de todo, de arte al principio. Ella trabajaba como comisaría de exposiciones, era de París y residía allí, aunque solía viajar bastante por temas de trabajo. Me habló de sus artistas y obras favoritas, de lo que le apasionaba el París de la Belle Époque, con sus cafés-conciertos, *ballet*, operetas, teatros, las tertulias culturales y sus *cabaret*. Anne irradiaba una simpatía que parecía salirle de una forma muy natural. Era culta, vital, soñadora, denotaba delicadez y distinción en su habla, parecía como sacada de otra época. Lo noté observando detalles en sus gestos y su expresión no muy habituales en los tiempos de hoy en día. Yo le hablé sobre mi trabajo como crítico literario y escritor. La informé acerca de mi última novela, por la que mostró bastante interés y me prometió leer. Luego nos pusimos un poco al corriente de nuestras vidas. Ella no tenía ninguna relación sentimental en ese momento, yo le confié que vivía en pareja, aunque no profundicé en ello, ya que últimamente las cosas no estaban demasiado bien. Comimos algunas tapas en la misma cafetería y perdimos la noción del tiempo por completo. Se notaba que ambos estábamos demasiado a gusto como para querer despedirnos, y aunque era inevitable que ese momento tenía que llegar, intercambiamos nuestros teléfonos prometiendo llamarnos.

El camino de vuelta a casa lo pasé dándole vueltas a las sensaciones que me produjo conocerla. Ahora, el hecho de tener que regresar a mi vida cotidiana me resultaba extraño. Encontrarme de nuevo con Joana en casa y tener que seguir nuestra rutinaria vida se me hacía cada vez más pe-

sado. En las posteriores semanas, intenté volver a mi día a día, pero adaptarme a ello me resultaba cada vez más difícil, ya no veía a Joana con los mismos ojos que antes. En cierta manera, me di cuenta de muchas cosas que tenía en mi interior y que al fin salieron como un volcán en erupción. Anne solo fue el detonante, o eso pensé en aquel momento. Lo cierto es que a medida que caían los días de otoño cada vez sentía más la necesidad de verla otra vez.

Las inquietudes y preferencias de Joana y las mías ya eran diametralmente opuestas, eso era evidente, estoy seguro de que ambos lo sabíamos y lo percibíamos, aunque ninguno de los dos fuésemos capaces de afrontarlo quizás porque en realidad ni ella ni yo estábamos dispuestos a movernos de nuestras posiciones para reencontrarnos en un punto medio. Supongo que los extremos estaban ya demasiado alejados como para unirlos de nuevo. En el fondo, era consciente de que aquella situación terminaría mal, era como estar viendo en directo el proceso de erupción de un volcán antes de estallar, sabes que va a pasar, pero ni la fuerza ni la esperanza te acompañan para siquiera intentar revertirlo.

Un día a mediados de octubre recibí una llamada de una de las publicaciones para las que escribía mis artículos, debía volver a la capital para una reunión de trabajo en sus oficinas. Era la excusa perfecta para llamar a Anne. Le di muchas vueltas. Había transcurrido casi un mes, no sabía si seguiría allí o habría regresado a París, la cuestión es que me vi con el teléfono en la mano y el deseo de volver a hablar con ella. La llamé afrontando la posibilidad de que apenas se acordara de mí o tal vez ya no le apeteciera verme, pero fue todo lo contrario. Su voz desprendía ilusión a raudales.

—¡Naim, qué alegría volver a saber de ti!

—¿Qué tal estás, Anne? ¿Y qué tal marcha la exposición?

—La exposición está siendo un éxito, mucho mejor de lo previsto.

—¡Vaya, me alegro muchísimo! Sin duda, son excelentes noticias.

—¡La verdad es que sí! ¿Y a ti qué tal te va todo?

—Bien en general —mentí—. Precisamente quería comentarte que tengo que volver a Barcelona por unos asuntos de trabajo, y dispondré de algo de tiempo libre. He pensado que quizás te apetecería tomar algo o cenar juntos.

—¡Claro, por supuesto! Estoy deseando volver a tener una buena charla contigo y ponernos al día de todo con detalles.

A través de su voz, percibí con bastante claridad que ella tenía las mismas ganas que yo de vernos. Eso me generó una gran satisfacción y unas enormes ganas de que llegara cuanto antes el momento de que eso sucediera. Al colgar, me sentí algo culpable por ese deseo, pero era algo que, por mucho que quisiera, era incapaz de evitar.

Quedamos para cenar en un histórico restaurante insignia de la bohemia modernista, lugar de encuentro donde importantes artistas e intelectuales hicieron sus primeros escauceos culturales al llegar a la capital, muy apropiado dado nuestros intereses comunes. ¿Cómo me sentí a lo largo de ese nuevo encuentro? Mucho mejor aún que el anterior. No dejamos de hablar en ningún momento, como queriendo saber todo el uno del otro. Me sorprendí confesándole algunas cosas que solo sería capaz de contar a personas de mi plena confianza. Me sentí tan a gusto que era algo que no podía controlar. En algunos momentos, llegué a sentirme como un adolescente cuando tiene enfrente a la chica por la que pierde el norte, la forma de apartarse el cabello de la cara, el color rosado de sus mejillas, la curva que dibujaban sus senos en la blusa... Me resultaba imposible apartar la mirada, me sentía embriagado y cautivado, fascinado por todo lo que iba descubriendo de ella, aun-

que, por el contrario, eso no jugaba a favor de mi esperanza de mantener el dominio de la situación. Estaba en un estado de excitación, de ensimismamiento permanente, y aunque era consciente de ello, en realidad no me importaba ni tenía ninguna gana de salir de él.

Fuimos los últimos clientes en salir del restaurante, y como quedaba cerca de su hotel la acompañé dando un paseo por las calles casi desiertas a esas horas. De camino, me dejé guiar por ella mientras íbamos conversando, solo interrumpidos de vez en cuando por el sonido de algún vehículo al pasar, sintiendo un magnetismo especial cada vez que, por casualidad, o quizás no, nos rozábamos al andar. El caso es que a las puertas del hotel se hacía latente que ambos sentíamos en nuestro interior las ganas de seguir la velada. Nos estuvimos mirando a los ojos durante unos segundos en un silencio que estaba entretejido de demasiadas cosas, como dos ignorantes adolescentes instantes antes de su primer beso, esperando que alguna clase de fuerza divina aparecida de la nada les marque el camino correcto hacia ese propósito.

—¿Quieres pasar y tomamos un último trago? —me dijo con un gesto de inocencia e ingenuidad con actitud decidida y ansiosa a la vez por obtener la respuesta deseada.

—Claro que sí —respondí con nerviosismo y de una manera un tanto torpe—. Me encantaría.

Subiendo en el ascensor, de camino a su habitación, pensé por un momento en la dirección que estaba tomando aquello, pero era como si algún tipo de extraño impulso me impidiese dar marcha atrás. Quería seguir y estar allí, de tal manera que me dejé llevar por esa especie de estímulo que tanto hacía que no experimentaba.

La habitación era grande y disponía de bastantes comodidades. Al entrar había un pequeño recibidor con un espejo que ocupaba toda una pared, y justo a continuación, una especie de saloncito con una televisión, una mesita de cristal, un sofá de tres plazas y el mueble bar con dos copas de

cristal encima. Anne sacó una botella de vino tinto de su interior, cogió las copas y después de acomodarnos dimos buena cuenta de ella al tiempo que conversábamos cada vez más animadamente. Las miradas cruzadas y el brillo que desprendían nuestros ojos denotaban una complicidad que empezaba a fluir sin control. Yo ya solo veía su boca, la dulzura de sus palabras, la sensualidad de sus labios mientras sonreía. En algún momento me acarició la mano y sentí esa conexión que estaba naciendo entre nosotros, una corriente que nos arrastraba desprovista de licencia previa y que se apoderó de los dos hasta dejarnos completamente embriagados. Sentía la incitación de besarla en aquel mismo momento, era el rosado de sus labios, la manera de apartarse el cabello para dejar su cuello ofrecido, en definitiva, la sensualidad que irradiaba toda ella era una tentación que me costaba mucho combatir. Sabía que estaba a punto de sucumbir a mi deseo de sentirla, de amarla, pero en el fondo también era consciente de que si me rendía a ello no habría retorno posible.

Me levanté bruscamente y le dije que debía marcharme —no podía seguir mirando su cara si quería ganar mi particular batalla— así que caminé decidido hacia la puerta, la abrí y me di la vuelta para despedirme, momento en que nos miramos los dos a los ojos sintiendo aquella energía que nos invadía y que pedía a gritos ser liberada como prisionero deseando zafarse de sus grilletes. Justo en ese instante entendí que no podía seguir luchando más, me acerqué a su vibrante boca dejándome llevar por ese impulso. La besé con suavidad, sintiendo sus carnosos labios contra los míos, notando su perfume fuerte y embriagador, mientras el deseo iba ganándonos el terreno como si fuera una enorme y abrasadora ola creciente e imparable. A partir de ese momento todo se precipitó, Anne me arrastró hacia dentro de la habitación al mismo tiempo que empezaba a desabrochar mi camisa, y sin dejar de besarnos fuimos desnudándonos el uno al otro acalorados por ese fervor, ham-

brientos de sentir el contacto de nuestros cuerpos, ansiosos por saciar ese ardor contenido. Llegamos a la cama ya desnudos y se acostó sin apartar su mirada de la mía, hablándome a través de ella. Recorrí su cuerpo ofrecido a mí en toda su suntuosidad con mis labios y mi lengua, saboreando el terciopelo de su carne, de su nacarada piel. Mi calor crecía cada vez más al ver la pasión que reflejaba su cara. Luego fue ella quien con extrema sutileza me cubrió por completo de besos y de caricias, dejándome en el medio de un incendio en estado de total excitación. Era como estar sumergido en un mundo onírico pero real, ardiente e incontrolable, irremediablemente ausente de prejuicios. Entonces ya no pude contenerme más y al fin noté su calidez al entrar en ella. Me envolvió con sus brazos, estrechándome fuerte contra su cuerpo, impidiendo que ningún rincón de mi piel quedase libre de la suya, extasiados sudando a mares. Sentí cómo me adentraba en su mundo, traspasando los límites del placer con cadencia firme y constante, acelerando nuestra respiración violentamente hasta hacerla estallar en mil pedazos, escuchando mi corazón bombear a ritmo frenético. Exhaustos, nos quedamos dormidos, abrazados, intercambiando caricias de mano ligeras como besos. La rodeé con mi pierna, como queriendo evitar que escapara de mí. En ese momento, fue cuando pensé que no quería otra cosa más que permanecer allí para siempre junto a ella.

Esa noche tuve un sueño muy extraño, y digo extraño porque nunca antes había sentido la sensación de que un sueño pudiera parecer tan real. No recuerdo el momento en el que me quedé dormido, tan solo que me vi delante de ese cuadro que tanto me fascinó en la galería y que ya antes me había producido unas extrañas sensaciones. En él se podía ver pintado a pequeñas y rápidas pinceladas una casa de madera de color blanco en un espacio abierto en el medio de la nada, con el tejado en tonos ocres bajo un cielo azul y claro, tan solo rodeada de campos de sorgo en

matices verdes y rojizos, sin apenas ventanas y una cerca alrededor con la madera desgastada, fruto del paso del tiempo. Todo ello estaba bañado en perfecta armonía por una brillante luz que ejercía un poder de dominación sobre el conjunto de la obra.

Me acerqué para intentar descubrir y entender qué es lo que me tenía tan intrigado, y entonces, absorto en mis pensamientos, fue cuando noté que el aire rozaba mi cuerpo erizando el bello de mi piel, como el aire de otoño arrullando con delicadeza las hojas caídas y marchitas. Bajé la mirada y vi mis pies sobre aquel suelo terroso, descubriéndome así en el medio de aquel campo. Me sentí tentado de avanzar hacia la puerta de entrada para explorar el interior de aquella casa, y con ese propósito caminé hacia ella. Al poner la mano en el pomo, esta se abrió con facilidad sin oponer resistencia y pude sentir sobre mi cuerpo la calidez que surgía del interior y el fuerte olor a madera vieja. Era una estancia alargada y de estilo antiguo, las paredes estaban empapeladas, no había mucho mobiliario, solo una pequeña mesa, un par de sillas y un pequeño sofá rodeaban una chimenea situada estratégicamente en el centro de la pared. A mi derecha, unas escaleras que accedían a una planta superior. Avancé con lentitud oyendo, de una forma irreal, mis pasos crepitar sobre la madera desgastada del entarimado, como si mis pies golpearan fuerte contra el suelo. Al llegar a la altura de la mesa, la vi a ella al fondo de la estancia, con un vestido de seda blanco, sentada en un piano de cola, tocando una triste melodía. Parecía estar absorta por completo hasta que, tras unos instantes observándola, reparó en mi presencia, como si fuera algo natural, como si estuviera esperando mi llegada. Me miró esbozando una sonrisa y continuó tocando esa melodía que ya estaba penetrando en mi mente de una manera lenta, pero firme y decidida. Me quedé ensimismado escuchando aquella pieza hasta que terminó. Entonces se levantó descalza, se me acercó con parsimonia tomándose su tiempo,